

la prósida mano del Hacedor supremo.

¡Ojala que aprovechándose los estudiosos jóvenes de este y otros muchos pasages no menos apreciables que se encuentran en la obra, imiten al autor en lo bueno, trabajando incesantemente para adquirir esta soltura, naturalidad y pureza que eran como características de los autores antiguos!



EGLOGA PRIMERA.

En aquellos antiguos campos, que en la celebrada España las tendidas riberas de Guadiana con saludables ondas fertilizan, entre otros un hermoso valle se conoce, que, aunque de policía desnudo, vestido de silvestres árboles, de vacas, ovejas y cabras cubierto, y habitado de rústicos pastores, si yo ahora sintiera en mí palabras suficientes para como él lo merece encarecer su frescura, ninguno hubiera que codicioso no le buscara. Porque demas de su benigno cielo, su saludable aire, sus fértiles y floridos prados, lo que á toda estimacion excede, si aquella simplicidad y pureza de los primeros siglos del mundo es de creer que no del todo ha desamparado nuestras regiones, en solas aquellas selvas vive, cuyo trato y conversacion, aunque grosera y de tierra, mas que humano sabor deja en el gusto. Entre las cosas, que allí dignas me parecieron de celebrar, una sobre todas es la extraordinaria hermosura de una limpia y clara fontezuela, que con sus dulcísimas aguas lo mejor de aquel valle riega; y no solo de nuestros pastores, yaqueros y cabrerizos, mas hasta de los serra-

nos y estremeños debajo el amado nombre de Erifile es conocida: cuyo agradable sitio, porque á mis ojos así en algun tiempo fue alegre, que rara sería la florecilla que en él no supiese mi nombre, yo de esta manera pienso pintarlo. Primeramente en medio de estos floridos campos, que como el espacioso mar largos y tendidos se muestran, una selva se levanta no de altura descompasada, mas de tan agradable arboleda, que, si decirse puede, allí mas que en otra parte la naturaleza hace reseña de sus maravillas. Porque dejado que los árboles casi todo el año estan vestidos de una inmortal verdura y de yerba, que no menos que á esmeraldas se puede comparar, los lirios, las azucenas, las rosas, los jazmines, el azahar, las mosquetas, alhelies y clavellinas y las demas olorosas flores, llenando de olores el campo, no otra cosa parecen que un pedazo de estrellado cielo que allí se haya caido. Y esto, aunque en cualquier tiempo del año gustosa y regalada vista sea, en las floridas mañanas de abril tanto su hermosura resplandece, que no sé yo cual otra beldad tenga el mundo tan digna de ser celebrada. Pues en medio de todo este ameno sitio, si ahora mal no me acuerdo, entre sauces y álamos queda hecho un pequeño llano, cubierto de tanta diversidad de flores, que toda la hermosura que en las demas partes resplandece, allí junta, y con aventajadas perfecciones se muestra, haciéndola sobre

todo acabada la cristalina Erifile, que de una peñascosa cueva hecha de ásperos y helados riscos sale, llevando primero sus hielos, cubiertos de verde y fresca yedra, hasta ocho ó diez pasos de su primer nacimiento, que deseosa de enamorar las vecinas selvas segunda vez muestra su beldad al mundo, haciendo en lo mejor del florido llano, entre olorosos tomillos, claveles y amapolas, un claro y profundo estanque digno de toda la alabanza que á su hermosura se diese. Lugar verdaderamente sagrado y merecedor de humana reverencia, donde, si lícito es á los mortales ojos, ya muchas veces nuestros serranos han visto bajar de los cercanos montes los silvestres sátiros y la demas copia de rústicos dioses, y allí en compañía de las amadas ninfas hacer sus placenteros bailes. Y lo que sobre todo temerosamente es digno de contar, á la misma Erifile, de verdes ovas coronada, no menos trasparente y limpia que los puros cristales, se ha visto guiar las concertadas danzas; con que el religioso lugar es en tanta veneracion tenido, que no solo permanece su frescura de antiquísimos siglos inviolable, sin que de las golosas cabras ni de otro rústico ganado haya sido con descomedimiento tocada, mas aun las industriosas abejas para la tierna fábrica de sus panales jamás han cogido de aquellas flores el primer rocío de la mañana. A solos nuestros pastores es permitido regocijarse con los placeres

de la sagrada ninfa, y haciendo de nueva leche y rosas al renovar del año sus sacrificios, colgar por los mas vecinos árboles hermosas guirnaldas y arcos de tempranas flores; y no en otros ejercicios, segun yo pienso, estábamos ocupados una mañana del florido abril, en que los primeros rayos del sol así de las aljofaradas yerbas varias lumbrecillas levantaban, como si las estrellas que en el cielo se escondieron allí se hubieran bajado, cuando uno de nosotros, que Florenio se habia puesto por nombre, corrido de que todos con tanta rusticidad pasásemos el tiempo, sacando del seno una zampoña de siete cañas, tan curiosa y nueva que pocas veces se habia tocado, vuelto á Beraldo amigablemente dijo: Esta zampoña, pastor, que tú ahora ves, no ha mucho que yo un día claro y sereno con los primeros resplandores del alba junto al rio la supe hacer, escogiéndome de mi mano los cañutos y juntándolos despues con limpia cera, no para tocarla, como habrás pensado, aunque algunos cantares tengo aprendidos, mas para nuestro serrano Opico, que, como á todos es notorio, una colmada cesta de bellotas por ella me habia prometido; y como despues acá me contaron que en un acebuche sentado por sí solo labró un mal polido rabelejo, con que se contentaba, nunca hasta ahora le he querido hacer dueño della, aunque con grandes lisonjas me la ha pedido. Pues está misma zampoña

soy contento de te la dar por tuya, y que con ella de hoy mas hagas nuestras selvas agradables, si á tí el regocijar con tu canto nuestra amada Erifile muy á cuento te viniere: que yo juro por las inmortales ninfas de los rios que jamás para darla á otro de tí la vuelva á tomar. A la hora el rusticio Beraldo, tomando la zampoña, sin le responder palabra que de cumplimiento fuese, porque nacido entre robles y encinas y entre bellotas y castañas criado apenas como los otros pastores sabia hablar, despues de tocarla un rato, cuando menos lo cuidábamos, así alegremente le oimos:

BERALDO.

Aguas claras y puras,
 En cuyo limpio seno
 Vi la beldad mayor que el mundo encierra:
 Florestas y frescuras,
 Bosque de álamos lleno,
 Moradas de los dioses desta tierra:
 Oid la nueva guerra
 En que amor me ha metido;
 Y vos, Ninfa divina,
 Que en agua cristalina
 Gozais helado y trasparente nido,
 Salid fuera á escucharme
 Mientras mi mal no acaba de acabarme.
 Si el rigor de mi suerte
 Ya tiene difinido
 Que en lágrimas de amor mi vida acabe,

Por premio de mi muerte
 Séame concedido
 Un don, que en mí la haga menos grave:
 Si en la ventura cabe
 De un vivir tan cansado,
 Que el cuerpo frio y mudo,
 De la vida desnudo,
 Aquí entre flores quede sepultado,
 Y en esta fuente pura
 Alcance su holganza mas segura.
 Que yo espero algun dia,
 Segun amor me advierte,
 Que vuelva por aquí Cintia gozosa,
 Y la nueva alegría
 De mi sabida muerte
 La haga menos grave y mas hermosa;
 Y ya no rigurosa,
 De un piadoso zelo
 Y compasion llevada,
 Sobre mi tierra helada
 Enjugará los ojos con su velo,
 Y á ver esto cumplido
 Quedará aquí mi espíritu escondido.
 A la sombra olorosa
 De aquel árbol sentada,
 Ninfa de aquesta fuente parecia;
 Y una rama hermosa
 De jazmines nevada
 A dar sobre sus hombros decendía;
 Y allí flores llovía
 Cual nieve por la sierra,

Unas á los cabellos,
 Que el sol es menos que ellos,
 Iban, otras al agua, otras á tierra;
 Y ella entré tantas flores
 Por todas partes derramando amores.
 Yo viendo luz tan pura,
 Suspenso y admirado,
 Bien creí que en el cielo me hallase,
 Y con su hermosura,
 Entre flores echado,
 Sentí que amor el alma me robase:
 Mas como se arrojase
 Ya mi ganado al rio,
 Fueme el perder forzoso
 Rato tan deleitoso,
 Y caminar sin mí tras mi cabrio,
 Tal, que al pasar el vado,
 A la orilla el zurrón dejé olvidado.
 Mientras que las estrellas
 Habitarán el cielo,
 Y del sol tomará lumbre la luna;
 Y mientras ella y ellas
 Enviarán al suelo
 Los diversos sucesos de fortuna,
 Sin que mudanza alguna
 Deshaga esta memoria,
 De mí será cantada
 Beldad tan celebrada,
 Y escrita en estos árboles su historia:
 Porque en los ramos bellos
 Crezcan sus loores, como crecen ellos.

Cancion, si tanto de primor tuvieras
Como tienes de amor, yo me obligara
Que nadie por grosera te dejara.

Apenas Beraldo con su cantar habia alegrado las nuevas flores del campo, y en nuestras bocas aun sus moderados loores se oian, cuando Melancio, no sé por cual rigor del cielo, tan congojado y triste que apenas le conocíamos, por entre un árbol y otro le vimos venir envuelto en un gavan de aquel color, que por los arroyos solemos hallar las temerosas perdices, un cayado en la mano, que no sé si de alcornoque si de encina fuese, y todo él tan desganado y aborrecido de sí mismo, que luego que llegó donde nosotros estábamos, conocimos en su sobrecejo que nada se habia alegrado con nuestra vista. Todos nos compadecimos de su encubierto dolor; y él, sin hablar á ninguno, solo se fue á sentar al pie de un funesto ciprés, queriendo por ventura darnos con esto á entender su cercana muerte. Mas luego que un rato así estuvo, volviéndose á levantar, con una podadera comenzó á borrar ciertos versos, que pocos dias antes en la corteza de un árbol habia escrito, con que luego tuvimos por cierto que algun repentino mal le traia afligido; y no pudiendo sufrir el verle penar de aquella suerte, cada uno como mejor sabia le consolaba, aunque él á todos con callar nos respondia; y cuando

mucho entre mil suspiros murmurando le oíamos estas palabras: O vosotros, serranos, en vuestros montes cantareis mi muerte: mi muerte cantareis en vuestros montes, ó serranos diestrísimos en cantar sobre todos los del mundo. ¡Dichoso yo si cuando mis huesos en el eterno reposo queden, cantando vuestras selvas mis dolores, y vosotros alegrando en el sepulcro las frias cenizas, mi espíritu, que por estos montes andará volando, en los venideros siglos os oyere. ¡O si ahora en ventura vuestra tanto bien el piadoso cielo me concediera, que por uno desta alegre compañía me contara, ahora fuera guarda de vuestras vacas ó vendimiador de las maduras uvas! Y esto con una voz tan debilitada y un corazon tan caido, que apenas á nuestros oidos llegaba, donde ninguno hubo que con piadosas lágrimas no le ayudase. Y pienso que las nuevas crecientes, que entonces de la fuente salian, no otra cosa fuesen que cristalinas lágrimas que la piadosa Erifile de compasion de su pastor derramase: el cual habiéndose vuelto á sentar como antes al pie del funesto ciprés, y todos al rededor de él puestos, Alcino, que entre los demas con ternura le amaba, así le dijo: no sé ahora, Melancio mio, que oculta fuerza de poderosa mano tan apremiado traya tu corazon, que el ordinario reposo no se le conceda: si acaso, lo que el cielo no permita, con tu mortal vista por nuestros bosques has des-

cubierto algunas ocultas deidades, ahora sean faunos, medios cabrones, ó delgadas ninfas de las verdes cuevas, que sembrando en tu corazon abrojos de temor y espanto así de collado en collado te traen perdido, todos aquí nos ofrecemos de aplacar con sacrificios las ofendidas deidades; y yo, si á la estrechura de mi pobreza es permitido, desde ahora dos copiosas horterías de tibia leche y un blanco canastillo de rosas para ello te señalo: mas si acaso, como sospechase puede, de alguna otra nueva causa nacen tus presentes lágrimas, ahora sea que los enemigos lobos hayan hecho en tu rebaño los estragos que en los nuestros suelen, ó tus huertos no tan colmada cosecha como esperabas te prometan, no por eso dejes de comunicarnos tus penas, que, si creerlo querrás, cualesquier que ellas sean, ninguno siento aquí que por propias no las juzgue. A la hora Melancio, que atento al razonar del piadoso Alcino estuvo, sin mudar de un lugar los ojos, en tono sonoro y grave, al son de un templado instrumento, que á lágrimas provocaba el oírle, estas palabras sembró por el aire:

MELANCIO.

¿Viste, Alcino, por dicha en la montaña
De algun inculto risco la dureza,
Del encrespado golfo la aspereza
Cuando el revuelto céfiro le ensaña,

La dura encina, la mudable caña,
Del jabalí acosado la fiereza,
Del invierno el rigor, y la braveza
Del fuego apoderado en la cabaña?
Pues con el trato de mi ingrata bella,
Aquella tan cruel como divina,
La peña es blanda, el mar tiene sosiego,
Y al fin parecerán flores cabella
El risco, el golfo, el céfiro, la encina,
La caña, el jabalí, el invierno y fuego.

Habíamos dejado la disimulada música del pastor tan suspensos, que nadie de mas que solo oírle se acordaba; y él, queriendo con esto gozar la ocasion que se le ofrecia para huir la de nuestra presencia, ya se apercebía para ello, cuando todos vueltos de la primera suspension á fuerza de grandes ruegos le obligamos á que por entonces no nos hiciese semejante agravio; y él, casi constreñido de tanta obligacion así le pareció responder. Ya, vaqueros, que el cielo os pague deseos tan piadosos, para mi vida no aprovechan, la muerte venga, que esta solo busco; y vosotros, serranos, con ella al rededor de mis cenizas, como de costumbre teneis, cada año espero que hagais los enlutados bailes: que ni silvestres deidades de desconocidas ninfas, ni sangriento estrago de enemigo lobo, ni cosa que á estas huelga, poderosa es á inquietar mi pensamiento: nuevo mal es el mio, nuevo remedio ha

menester, que en vuestras sosegadas selvas no se halla. Gozad, serranos, gozad estremeños, gozad pastores, gozad vuestros montes, gozad vuestros collados, y los dulces premios de la ventura: yo que sin ella vivo, cercado de mi dolor, ni de mi ganado ni de mi tengo cuenta; enfermo, como yo, y perdido anda por la sierra. ¿Como quereis que cure ajenas enfermedades quien valerse en las suyas no puede? ¡Dichosos vosotros á quien el cielo suerte tal tiene guardada, que permaneciendo en vuestros cortijos, cercados de verdes juncos y amontonadas piedras, pasais con quietud la vida, sin que las preñadas ovejas por la ajenas majadas prueben nuevas y no conocidas dehesas, ni del vecino ganado el contagioso mal ofenderlas pueda: antes aquí dichosamente en vuestras selvas y entre los conocidos rios, á orilla de esta clara fuente goceis el agradable frio, proveidos siempre los zurrones de manteca, queso y castañas, y á su tiempo de los maduros madroños; ni cuando el invierno vista de blanca nieve las sierras os faltarán apacibles fuegos; ni cuando la florida primavera sembrare las primeras rosas de su falda frescas sombras os faltarán, donde tejiendo nuevas guirnaldas, á vuestro antojo gozeis los tesoros de las flores. Y ahora, si á los desdichados algún consuelo es concedido, yo ruego al justo cielo que despues de mi muerte oya en vuestros cantares resonar mi nombre, no del todo olvidado

por estas selvas. ¿Y como, dijo entonces Rosanio, tú no sabes que los cielos á mas que eso son poderosos? No hay duda, Melancio mio, sino que el mundo aun goze hoy en nuestros renovados siglos cosas harto dignas de celebrarse; y si tú ahora tan entero en tus pasiones no estuvieras, por alivio tuyo cierto me atreviera á cantar cosa, que muy de grado escucharan nuestros pinos, los cuales, si las antiguas consejas de algun crédito son dignas, en aquel tiempo que el mundo no tan envuelto en maldades y vicios ofrecia á los hombres menos recatada y mas apacible vida, ellos con delgadas voces respondian á los amorosos cantares de nuestros pastores; y aun es de creer que no del todo desta antigua magestad desnudos en algunas dichas selvas todavía guardan esta divina costumbre: lo cual muchas veces, así como acaecer suele, de noche á nuestros fuegos sentados oí contar á mis ancianos padres de la forma que ellos de sus abuelos lo aprendieron, y de antiquísimos siglos de unos en otros hasta nuestros tiempos ha venido. Mas porque yo ahora no pretendo hacer proceso de las edades, y el temor de los vengativos dioses me reprime, y el de tu disgusto es en mí muy poderoso, quiero callar como una piedra, rogando al piadoso cielo, si allá alcanzan estas palabras, que ellas sean bastantes á desterrar de tu corazon tanta pena. Así Rosanio decia, y así á todos con su vivo

razonar nos tenía suspensos; que otra cosa no hacíamos que dar gracias á los inmortales dioses, porque maravillas tan altas tuviesen escondidas nuestras humildes selvas; y el penado Melancio, lleno el corazón de semejantes milagros, algo mas tratables y humanas sintió sus penas y su mal, como de poderoso apremio de mágicos versos atajado; así por aquel tiempo se suspendió, que todos echamos de ver lo que las eficaces palabras del pastor habian podido en él. Y porque regocijado y placentero solía ser entre nosotros, cuando su corazón de la perdida paz gozaba, encarecidamente le rogámos dejase para tiempo mas lícito el llorar sus males, ó si proseguirle queria fuese no tan pesado de sufrir cantando, pues habia empezado y tan bien lo sabia hacer, y sus rimas aun no del todo estaban borradas por los árboles, ahora fuesen querellas de sus descuidados mastines, ó fértiles esperanzas de las venideras mieses; porque de cualquier suerte alegres y contentos alabásemos al autor del dia, que sin contradicción de infelices agüeros ya el mundo tenia cubierto de hermosura. Y sin duda, como él muchas veces juraba, deseoso estaba de complacernos: ¿mas donde el contento falta, qué cantar saldrá de gusto ó qué risa que mas propiamente no sea llanto? Ya todos á esta sazón dejábamos de importunarle, cuando Clarenio, que entre serranos grande opinion tenia, tomando la mano dijo: pastores, porque

yo ahora sé que á falta de otro mejor á cualquiera gustareis de oír, si me dais atencion, á costa de mi gusto quiero entretener el vuestro, cantando á estos montes un cuidado, que tan lleno tiene mi pecho que callarlo le seria á par de muerte: donde á vueltas de otros tesoros de tal manera unos verdes ojos resplandecen, que las esmeraldas de artificioso buril engastadas son en su respecto sin lustre y de poca suerte: porque ellos á mí no esmeraldas, mas soles que alumbran mi vida y nortes que guian mis pasos me parecen. Y si mas nuevas quereis saber dellos, oid, pastores, que este es un rasguño de su hermosura, aunque de pincel grosero y tosco. Entonces, tocando á veces su zampoña, desta manera cantó:

CLARENIO.

A solo eternizar vuestra memoria,
Ojos divinos, centros de belleza,
Con celestial pincel y luz de gloria
Aquí el amor este dibujo empieza.
Suya es la mano, vuestra la victoria,
Y de mi alma el bien de tal riqueza;
El cobra fama, la hermosura vuelo,
Vosotros un retrato, mi alma un cielo:
El con un rayo de su luz preciosa,
Un victorioso Júpiter parece:
Vosotros una puerta deleitosa
A cuanta gloria humana se apetece: